

www.elboomeran.com

Marta Sanz

Un buen detective
no se casa jamás



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: montaje con los protagonistas de la película *Vértigo*,
dirigida por Alfred Hitchcock en 1958

Primera edición: febrero 2012

© Marta Sanz, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7238-5

Depósito Legal: B. 72-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

*A Luisgé Martín y Axier Uzkudun, inspiradores.
A Isaac Rosa y Marta Velasco, primeros lectores.*

El amor casi siempre debilita una novela policíaca, pues introduce una especie de suspense contrario a la lucha del detective por resolver el problema. Es algo que falsea las cartas, y nueve veces de cada diez supone la eliminación de al menos dos sospechosos útiles. En este caso, la única forma de amor eficaz es la que añade un elemento de peligro personal al detective. Pero, al mismo tiempo, percibimos instintivamente que se trata de un simple episodio. Un buen detective no se casa jamás.

RAYMOND CHANDLER,
Apuntes sobre la novela policíaca
(escritos en 1949)

Los rotos corazones

o

La coja ausente

Tengo el corazón roto y no sé conducir. He comprado un billete de autobús. He desconectado el móvil y me he hecho la promesa de no encenderlo más que por las noches para comprobar las llamadas perdidas y los mensajes. Todo el día será como un dolor extendido hacia ese momento negro como el agujero del culo. Retención que acaba en espasmo de placer. O quizá el corazón se me pulverice cuando, tras escuchar la señal de encendido del teléfono, compruebe que nadie me ha buscado. Que a nadie puedo castigar con mi desaparición.

–Tómame esta botella conmigo; en el último trago me besas...

Con el volumen excesivamente alto, mi compañera de asiento escucha una canción, como pensada para mí, a través de unos auriculares. Ahora y durante los próximos meses, casi todas las canciones estarán como pensadas para mí. Mi compañera de viaje le pega un traguito a su cola light.

–Tómame esta botella conmigo...

Yo no bebo mucho ni sé conducir y vuelvo la cara hacia el cristal de la ventanilla para que mi compañera de viaje no me descubra los pucheros. Imagino a la Vargas, amojamada, con los labios húmedos de tequila. Con cada lingotazo, la voz se rompe un poco más y el blanco de los ojos se va enrojeciendo mientras las falanges se crispan al agarrar los vasitos y apretar el pucho

contra el cenicero de porcelana –uno parecido al recipiente donde se liga el alioli–. Los ojos, tan vidriosos, podrían quebrarse. Cualquier ceniza, cualquier pavesa, sería una pedrada contra los ojos llenos de peces de la Vargas.

–*Quiero ver a qué sabe tu olvido...*

Mi olvido ahora es un aceite –de girasol, sin duda– que me repite volviendo a la boca. Olmo es muy joven y es natural que busque experiencias. Experiencia número uno: mujer con clave de sol tatuada en la rabadilla –«No podrá ponerse la anestesia epidural», diría Paula–. Experiencia número dos: hombre rubio, aproximadamente de mi edad, pero con aspecto de magro de york enlatado. En lugar de comprender los devaneos de Olmo, de asesorarlo, de ejercer de cicerone de su sensualidad o de instructor-Valmont, de darle consejos y de escribir tratados en latín o en francés del siglo XVIII apoyado en su culito en pompa –escurrido, pero en escorzo adopta la figura y suavidad resbaladiza de una pompa de jabón, ¡flop!–; en lugar de disfrutar de la calma o de la perspectiva que da la edad, me agarré el canasto de las chufas. Perdí la respiración. Me sangró la nariz. Y no son metáforas.

–... *nada me han enseñado los años, siempre caigo en los mismos errores, otra vez a brindar con extraños...*

Medí mis reservas de cinismo: no me podría enfrentar a la media sonrisa de mi exmujer ante las infidelidades de mi joven amante. Aunque después se recogiese los hilos sueltos de su boca sarcástica para convertirse en mi cómplice y mi refugio. Porque Paula es una bellísima persona que hubiese forzado nuestra postura hasta conseguir la imagen de una *Pietà* articulada: Cristo deslavazado y virgen-silla. Ella, la virgen; yo, el deslavazado. Un residuo.

–... *y a penar por los mismos dolores...*

Ni siquiera puedo alimentarme de la energía de la Vargas. A mí nunca me sentaron bien los ponchos ni el tequila. Analizo mis sentimientos. Me maltrato mucho: quizá no me voy para evitar el juicio de mi exmujer, el rasero de esa línea vertical que

le separa las cejas; quizá huyo para que no me entregue su dulzor –frutas de pulpa roja cortadas en dos mitades, gotas de azúcar que libarán los abejorros–; para evitar que Paula piense que con su ternura –vanidad– me puede devolver al redil de los casados que se conocen bien, se hacen concesiones y guardan las formas. Me marcho para que Paula no se confunda nuevamente. Para no aprovecharme de sus brazos abiertos y para que sus brazos abiertos no se transformen en cruces o en ramas de árbol que después se estrellen contra mis costillas. Soy un tipo intachable.

–*¡Y en el último trago, nos vamos!*

Hice unas llamadas, mi equipaje. Me dirijo hacia un espacio selenita en el que mi corazón latirá, extracorpóreo, sin causarme dolor –he sustituido los policiales por las series de médicos–; un espacio que ni Olmo ni Paula adivinarían nunca. Porque el uno y la otra son un par de presuntuosos que no saben de mí ni la mitad de lo que se creen. Me buscarán en Venecia, en París o en Praga. Me buscarán en Nueva York o Calcuta. En Tokio, en Helsinki. Incluso en Ronda, San Antonio o Cadaqués. Pero nunca se les ocurrirá buscarme por aquí. Mientras rumio estas cuestiones, me doy un golpe en el muslo –un golpe de descubrimiento– y la chica que escucha a Chavela Vargas se pone a mirarme por el rabillo del ojo. Yo pienso que a uno hay miradas que lo estropean.

Juego al escondite. Bajo la tapa de una boca de registro, espero a que Olmo o Paula olisqueen el aire y, por fin, me encuentren. Pero no llegan nunca y yo acabo mimetizado con las criaturas de las alcantarillas, navegando en las góndolas subterráneas del fantasma de la ópera. Me duermo y la parálisis causa un descenso de mi temperatura corporal que complica enormemente las labores de rescate de un hombre atrapado bajo tierra. Trabajo amistad con la rata mutilada que desfigura de un mordisco los mofletes de un bebé veneciano. Mi tía Pat, esa mujer que nunca

—o casi nunca— sonreía en las fotos, dejó que esa rata, mutilada y tenaz, saliera de su cabeza y habitara el mundo.

Puede que mis compañeros no hayan bajado a jugar al escondite y yo los aguarde, eternamente solo, detrás de un árbol. Escondiéndome, buscándome y encontrándome por las habitaciones de una casa donde no hay más niños ni más detectives con lupa. Corriendo como un loco para darme caza a mí mismo. Persigo mi sombra y me la coso al talón con una fina puntada. ¿Estará la dama detrás del biombo? Salgo de los rincones cuando ya nadie me busca, levanto los brazos, hago señas y doy voces. Nadie se acerca. Sin embargo, me acurruco en lo más recóndito del armario o del cesto de la ropa sucia cuando gritan mi nombre; me tapo con fuerza los oídos para reprimir el deseo de mostrarme. Acabo de iniciar mi huida y ya me aprieto las orejas con las manos para evitar oír las voces que ni siquiera sé si me llaman.

—Señor, señor...

La chica que escucha a Chavela me zarandea un poquitín. Es muy considerada esta oyente de corridos desgarrados y bole-ritos tristes.

—Señor, estamos llegando...

Abro los ojos y, con disimulo, he de retirarme la baba que, como veneno de cobra, se me ha escapado de dentro. La chica que escucha a Chavela se ha percatado de que soy un reptil o, lo que es peor, un viejo baboso y maricón:

—Mire, la playa...

Al final de su frase hay una promesa que no va dirigida a mí, sino seguramente a uno de los miles de cuerpos —broncíneos, lechosos, rubicundos, rizados, macilentos, alicatados, letárgicos, tímidos, obtusos, angulosos, escalenos, inflamables, húmedos...— que se encajan como piezas de un puzzle —ingles y bocas, orificios ensamblados en la orgía— sobre la arena. Vuelvo a mirar a la mujercita y me corrijo. Nadie le aceptaría una promesa ni una palabra de amor. A mí tampoco me echan de menos. A lo mejor, no estoy jugando y mi huida no es una llamada de atención, sino

afán por respirar. Quizá –ni yo puedo creerlo– no siempre finjo. No siempre hablo en falsete. Necesito que me dejen en paz. Procuro asimilar esta idea. Repito: que me dejen en paz, que me dejen, en paz, que me dejen... Estaría bien que procurase pensar durante un rato como Paula. Ser un poco más pragmático. Ingerir los medicamentos prescritos para sanarme respetando los intervalos entre pastilla y pastilla. Estaría bien. Sería justo. Necesario. El pragmatismo de Paula es un evangelio. Aprenderé a tomar el sol sobre las rocas sin desear que nadie me mire. Miraré sin estar mirándome. Que me dejen. En paz. La que se queda mirándome ahora es mi compañera de asiento, que no es tan joven como yo había creído sino que parece más bien una enana a punto de hacer una pirueta, con sus resabios y sus tutús hechos a medida. Mi compañera de asiento me dice con una voz pasada de revoluciones:

–¿Se encuentra usted bien, señor?

Tengo el corazón roto y no sé conducir. Soy un detective en sus vacaciones de verano.

Marina Frankel me espera en el bar del hotel donde nos hemos dado cita. La última vez que conversamos me dijo que quería que nos viésemos allí porque en ese hotel hay un ascensor que sube a una azotea con las mejores vistas del mundo. Marina Frankel es así de original. Espero que, después de tantos años sin vernos, no haya elegido ese lugar para empujarme al vacío. Marina se ofreció para ir a recogerme a la estación de autobuses, pero yo no quise. Mi empeño en que nadie me espere en las dársenas de la estación es una forma –bastante estúpida– de refocilarme en la soledad y el abandono –soledad y abandono: barro donde se revuelca el cerdo–. Yo también soy así de original.

Las estaciones de autobús son, por definición, inhóspitas y rezuman algo sucio que huele a bocadillo de longaniza y a una forma de peligro diferente de la que se intuye delante de las

puertas de embarque del avión. Rechazar el ofrecimiento de que alguien venga a recogerme en un coche puede ser también un gesto de coquetería por mi parte, ya que no me gusta que me sorprendan bajando de un autobús con la camisa arrugada. Soy un hombre que no halla el modo correcto de agarrar los bultos de su equipaje: llevo algunas bolsas, además de mi maleta de explorador, y soy torpe distribuyendo pesos a lo largo de mis brazos.

—Señor, ¿le ayudo?

Mi compañera de viaje me incomoda con su buena educación y sus tratamientos de respeto. Le digo que no. La mujercita corre deslizante en dirección al W. C. Yo dejo las bolsas sobre un poyete y las reacomodo sobre puntos neurálgicos de mi musculatura. Me duele todo. Me siento como un perchero, como un dro-medario.

—Si fuera un objeto, ¿qué objeto sería?

—Zarco sería... ¡un galán de noche!

Paula se partiría de risa con el doble sentido. Arturo Zarco, galán de noche. Dondiego. Petunia. Clavel rojo. Aroma a lavanda inglesa. Puto —qué más quisiera yo—. De tal apostura no queda hoy nada de nada. La humedad dibuja círculos alrededor de mis axilas. Estoy sucio, solo, acalorado. En la situación perfecta para no rememorar la crueldad de los efebos —Olmo y sus traiciones— ni el tiempo perdido. O al revés: los dolores podrían agolparse en mi esternón como una bolsa más a la que no sé cómo darle acomodo.

—¿Está bien seguro de que no quiere que le ayude?

La mujercita ha salido del aseo de señoras. Se ha apretado la goma de la coleta de caballo que se le aflojó con la fricción del respaldo durante el viaje. Vuelvo a negar y remiro a la mujer que escucha a Chavela: es irritantemente educadita y se arregla muy bien con sus propios bultos. Me la imagino acarreado un canasto de maíz. La mujercita es, sin duda, una mucama. Ahora, justo, aquí, si Paula estuviera al otro lado del teléfono, proferiría un

alarido de indignación. Pero Paula no me oye, no me ve, y yo debería estar saltando como un liberto mientras me acostumbro a hablar solo y a disfrutar del placer que mis soliloquios me reporten. Para mí mismo. Conmigo. La cincha de una de las bolsas me muerde como si el cuero tuviese dentadura. Las personas egoístas no aprendemos a estar completamente solas.

—Hasta la vista, señor.

Recoloco en otro punto de mis hombros una tira que me hace daño y llevo la mano al ala de mi sombrero, vencido peligrosamente hacia delante:

—Hasta la vista, querida.

Las gotas de sudor se me meten en los ojos. Procuero recordar dónde guardé la cartera y decidir cuál sería la mejor forma de sacarla para darle al taxista la dirección del hotel donde he quedado con Marina Frankel. Mi aspecto: boca seca, ropa arrugada, correas del equipaje incrustadas en mis chichas. Tengo una visión: un devoto del sexo atado y bien atado le pide a la dominatriz que apriete un poco más. Cuando le dije a Marina que ni se le ocurriera venir a recogerme, me movía el interés de preservar mi propia imagen. No me gusta que me vean recién levantado, sin afeitarse, con un impreciso sabor de boca que me sube desde el estómago o desde el vientre —el bajo—. Por la mañana, a Olmo, de la boca le salían emanaciones de sándalo y bollitos de anís —los veo—. Olmo ahora es un borrón que estará comiendo croquetas en casa de su mamá.

—¿Taxi?

El taxista me ve tan apurado que se encarga de todo el equipaje. No necesita más de dos o tres movimientos para acoplar los bultos en su cuerpo escultural. Parece un muchacho excelente.

—Lo siento, pero el aire no funciona.

Sudo a chorros. Voy a marearme, pero no me doy aire con la mano a fin de evitar un gesto de mariconería de esos que Paula me afea. Lo cierto es que a mí también me incomodan. Resisto mientras delante de mis ojos, a través de la ventanilla, desfilan

rascacielos, terrazas, comercios, toldos, jardincillos, mujeres y hombres vestidos con indumentarias impensables en otros lugares que no fueran éste. Gorros de mexicano. Maracas de Machín. Pareos. Lentejuelas. Bermudas. Viseras. Patinadores. Los zepelines surcan el cielo.

—Son veinte con diez.

—Cobre veintiuno.

Me gusta dar propinas incluso cuando ando justo de dinero. Soy hombre dadivoso. No escatimo. Ésa es otra de las predisposiciones naturales que Paula me corrige. Gracias a ella, mis cuentas están bastante saneadas, pese a que no suelo tener mucho trabajo.

—Que tenga usted un día inmejorable.

El hiperbólico taxista, en otras circunstancias, hubiera logrado que mis vacaciones fueran mucho más felices. Pero ahora me siento estólido, inapetente. Carezco de esa seguridad en mí mismo sin la que es complicado afrontar la tensión del coqueteo.

Ahora que localizo a Marina Frankel en el bar de este hotel con forma de nave espacial o de templo habitado por una secta californiana, me retracto otra vez: estoy seguro de que le dije que no me fuera a buscar por consideración hacia ella. Debo corregir, en la medida de lo posible, la tendencia a enjuiciar mis acciones de un modo en el que siempre el lado oscuro y egoísta anula la buena voluntad —que está ahí sin duda—: mi uniforme de camuflaje, como un ácido, se me va comiendo la calidad humana. Antes me atraía ese Zarco despectivo. Pero, tal vez a causa de este clima tan húmedo, me encuentro exhausto y no tengo ganas de encrespar la espina dorsal como gato rencoroso. Quiero dejarme querer, ronronear bajo la caricia de una mano —no importa que sea femenina, basta con que sea hermosa...—, la mano suave y enjoyada de Marina Frankel...

—¡Buen día, señor! Vaya casualidad...

La mucama me intercepta antes de que yo haya atravesado el hall del hotel para encontrarme con Marina, que desde un

rincón del bar me saluda. Mi amiga rápidamente se levanta –ha debido de notar mi aspecto depauperado– y se acerca como si fuera urgentísimo sostenerme. Al llegar junto a mí, me da dos besos agarrándome por los hombros. Yo sólo espero no desprender mal olor:

–¿Ya conoces a Charly?

Charly, la mucama, me tiende sus manos, rematadas en diez dedos cortos y anillados –no se amputó ninguno recolectando plantas con machete o con hoz–. Resuenan las vértebras de mi espinazo felino. Esto empieza a ser una terrible coincidencia y un mal augurio.

–Arturo, no puedes dejar de subir.

Marina Frankel, pese a su apellido de ventrílocua, no sabe hablar alemán. Casi toda su vida ha transcurrido en esta ciudad del Mediterráneo de la que sólo salió cuando estudiaba bellas artes. Entonces la conocí y, antes de que me casara con Paula, Marina y yo ya éramos de esos amigos que se confiesan delante de unas copas. Conozco detalles escabrosos de la familia de Marina Frankel. Ella a mí también me guarda algún secreto. Con Marina nunca me sentí acosado ni querido de esa forma arácnida que Paula tiene de querer –o de quererme específicamente a mí–. En realidad, ambas mujeres se parecen un poco si exceptuamos la circunstancia física de que Paula es coja y Marina rubia. Igual que Paula, Marina se comporta con frialdad con las personas que no conoce demasiado. Con educación, pero sin tocar. Seca. Pero, de pronto, Marina se abre y es una mujer que da mucho cariño, delicada, cálida –¿a quién podría contarle yo ahora que *delicada* y *cálida* tienen casi las mismas sílabas?–. Marina te elige, te da la mano, te muestra la trastienda –estantes llenos de drogas y linimentos de colores, jeringuillas de cristal–, el doble fondo de ese baúl donde se guarda un polvoriento traje de novia, el cajón escondido de ese secreter en el que se firmaron,

como poco, tres armisticios y un pacto de sangre. En ese momento, uno es el hombre más feliz del mundo. Sin embargo, de *profundamente Marina* —«Suena a telenovela», me diría Paula como si yo no hubiera elegido la cursiva a propósito— no sé tantas cosas como ella sabe de mí. Ése es un desequilibrio que podremos superar a lo largo de este verano en el que procuraré hablar poco de mi vida, aunque estoy seguro de que, con su aparente desinterés, Marina me tirará de la lengua.

En cuanto la llamé y di comienzo al cuento largo de mis penas de amor, me invitó a pasar el verano en su casa. Aquí a nadie se le ocurrirá buscarme. Hace muchísimos años que Marina no aparece en mis conversaciones y el calor es tan pegajoso en estas playas que sólo podría darse la casualidad —fatalidad— de que Paula —una persona que busca anagramas y palíndromos— se acordara de Marina y, con una punzada de celos, atase cabos para presentarse por sorpresa con Olmo. Miro a mis espaldas por si el milagro estuviese a punto de producirse. Pero en este ascensor, que nos sube a la planta cincuenta del hotel, sólo estamos Marina Frankel, un poco más rellena que hace unos años, y yo mismo. Abajo, Charly se ha quedado vigilando mi equipaje. Protegiéndolo de los guantes blancos de esos jubilados que vuelven de hacer gimnasia con ganas de travesuras. Marina mira cómo el suelo, la tierra firme, se separa de nuestros cuerpos ascendentes. No soporto el silencio:

—¿Te has dado cuenta de que *delicada* y *cálida* tienen casi las mismas sílabas?

Marina sale del ascensor sin responder. Quizá no me ha oído porque el hilo musical le taponan las orejas. Pero Marina no es sorda, sino perspicaz:

—¿Ya estás echando de menos a Paula?

Me siento descubierto, desnudo. Estamos en el punto más alto del edificio más alto de la costa. Marina se llena los pulmones como si tuviera hambre y el aire fuera una mezcla de sémola y verduras:

—Éste es un buen lugar para empezar otra vez, Arturo.

Si Paula la oyese, la mataría. Por cursi, por teatral, por provocadora —«Por puta», sentencia su voz dentro de mis tímpanos—. Paula encontraría mil razones para ciscarse en Marina Frankel. A mí, sin embargo, me viene a la memoria el engreimiento de don Fermín que observa Vetusta desde la torre de la catedral. Como ya he dicho, este hotel parece un cohete o un templo levantado en honor de un dios al que le agradan, sobre todas las cosas, los muslitos de pollo y los niños sin destetar. El titán —un caprichoso— coloca en el tablero las barroas figuras de los mortales para aplastarlas bajo el peso de su meñique. Yo desde aquí no distingo nada. La perspectiva aérea también puede ser un modo de desfiguración. El paracaidista aprieta los párpados porque prefiere no ver. Marina aparta el brazo de encima de mi hombro, donde lo había colocado con camaradería y amor, y su dedo índice me muestra esas cosas —también las hay— que sólo pueden comprenderse desde arriba:

—Allá, entre aquellos naranjos, está nuestro *riurau*...

Marina utiliza un tono sentimental. Lo que no me dice —porque es discreta o porque hoy tiene el corazón de luto por mis dolores y sólo emite frases afectivas sobre la naturaleza y la infancia...— es que su *riurau* ya no es un almacén de pasas, sino una mansión en la que voy a sentirme muchísimo más cómodo que en cualquier camping —castrado gato doméstico sobre aterciopelado cojín—. Tampoco me dice que, siguiendo el hilo azul de la costa, le pertenecen el edificio de las vidrieras y la urbanización de chozas verdes que se adivina al pie de una montaña a la que uno de los dioses, que suele subir a esta terraza-mirador ahíto de comer pollo y niños lechales, le ha pegado un bocado. La marca del mordisco se aprecia en la cuerda de la montaña donde, según aseguran muchos fumadores de hachís de los años setenta, reside una colonia extraterrestre. Las familias extranjeras —un término genérico— que habitan en las urbanizaciones del interior, en los chalés sumergidos en —o anestesiados por— el aroma del azahar y

el fucsia de las buganvillas, no tienen ombligo. Es posible que, bajo el tatuaje del cogote, en el nacimiento del pelo, lleven camuflado un cajetín para meterles una pila como la que había que embuchar dentro de aquellas muñecas que nunca se cansaban de decir «Mamá, te quiero mucho».

—¿Has visto, Arturo, cómo se refleja la luz sobre las olas?

Marina quiere proporcionarme distracciones estéticas y sensoriales. Pero aquí, desde lo más alto, tal vez abducido por el espíritu oscuro de don Fermín de Pas, recuerdo la información que me dio Pauli —«No me llames así», qué raro se me hace no escuchar ya mismo su voz— aquella vez que la familia de Marina salió en los periódicos y, desde su cubículo en el Ministerio de Hacienda, mi exmujer fue más allá de la vox pópuli. Ahora, una vez repasado el paisaje a vista de pájaro, una vez localizados los hoteles y los campos de golf y las urbanizaciones y el escondido *riurau*, entre bancales de algarrobos y almendros, recupero datos de aquella investigación paulina: la familia materna de Marina Frankel posee, además de los bienes enumerados, una cadena de heladerías y varios pisos repartidos por esta y por otras ciudades. Posee locales y negocios: tiendas de souvenirs, bares típicos, pubs, salones de baile donde mujeres del norte —auténticas vikingas— engullen tartas de nata con fresas y combinados dulces adornados con bengalas.

—No hay unas playas como éstas en toda Europa.

Marina me habla con acento desganado pero orgulloso. El señor Frankel no tuvo tiempo de enseñar alemán a sus dos hijas gemelas ni de disfrutar de la fortuna de los Orts. Sólo dejó su apellido y uno de los nombres de pila de las niñas, Ilse. El otro nombre, Marina, lo eligió Juana Orts, que desapareció con Frankel dejando a sus hijas al cuidado de su hermana Amparo. «Ésa es el ama de verdad», me dijo Pauli —ahora puedo llamarla como me dé la gana— para prevenirme de la condición siniestra y matriarcal de la familia Orts. Nadie sabe por qué Frankel volvió a Alemania después de haber establecido el contacto —tre-

mendo cortocircuito— para pegar un braguetazo monumental ni por qué Juana fue tras su compañero. Nadie pensaba que se quisieran así.

Marina observa la inmensidad azul. El cielo, el mar y la masa violeta y verde de la montaña contra la que se encajonan los rascacielos. Es sólo un efecto óptico: los rascacielos son una lengua amurallada frente al mar y esta ciudad es una fila de volúmenes ordenados por tamaños, una superposición de pantallas que hay que superar para acceder al siguiente nivel en la consola.

—Desde esta terraza he pintado algunas acuarelas.

La voz de Marina dibuja esa cadencia desganada que se escucha por aquí. Algunos confundirían esa línea melódica con la dulzura; otros, con la enfermedad. La inflexión un tanto anémica de cada frase le otorga un matiz de melancolía o cansancio —«Mosquitas muertas», la voz de Paula, por contraste, rezuma cierto desprecio barriobajero—. Deberé poner mucho cuidado en no mimetizarme con el acento de Marina. Ni con un diletantismo al que soy proclive. Ni con un modo de vivir decorado por gatos de angora y piscinas en forma de riñón. Tengo una tendencia *zelig* que me resta carácter.

—¿En qué piensas, Arturo?

—En nada, querida.

Marina es pintora como lo fue el señor Frankel, que vendía acuarelas panorámicas en la plaza del Castillo. A Juana probablemente le sedujo la idea de ser musa. Se hizo hippie. Se marchó con Frankel en una caravana. Se cambió el nombre. Janni Frankel. El abuelo Orts dejó sus bienes y posesiones —exceptuando esa parte de las herencias que no puede escatimárseles ni a los desheredados— a su hija Amparín, por entonces soltera y amante madre adoptiva de sus dos sobrinas: Marina e Ilse. Desde hace veinte años, Amparo está casada con un podólogo —¿o era un oculista?— seis o siete años menor que ella. Janni Frankel vive en Alemania desde hace cuatro décadas, que es exactamente la edad que marca la piel de mi amiga Marina.